

LOS VERANOS

DE SOROLLA

Lejos de vivirlos como un tiempo de descanso, Joaquín Sorolla (Valencia, 1863 - Madrid, 1923) pasa los veranos consagrado a su tema pictórico más querido y de mayor éxito: las escenas, captadas del natural, que se desarrollan en el entorno del mar.

El pintor centra sus primeras composiciones sobre este asunto en las labores de la pesca, con barcas, marineros faenando o pescadoras en la orilla bajo el intenso sol del Mediterráneo. Junto a ellas, las escenas de descanso estival en la playa son las más populares en su carrera y constituyen un reflejo de la evolución que, desde mediados del siglo XIX, experimenta el concepto del mar: de la valoración de las propiedades terapéuticas del baño al nacimiento de la moda del veraneo como periodo de entretenimiento y sociabilidad.

Los veranos de Sorolla nos acerca, a través de una cuidada selección de obras, a las manifestaciones que estas nuevas ideas tuvieron en el trabajo del pintor. Sorolla se incorpora a la nueva costumbre del veraneo y en sus representaciones distinguimos dos grandes intereses correspondientes a sus propios destinos estivales. Por una parte, sus escenas de la costa mediterránea, con especial dedicación a su Valencia natal, reflejan el gozo de la población local, con niños desnudos, niñas con ligeras batas o nadadores en pleno contacto con el medio natural. Por otra parte, y de forma paralela a su consolidación artística y correspondiente ascenso social, Sorolla frecuenta distintas localidades de la costa cantábrica que acogen a los veraneantes de las clases altas. Representa entonces el distinguido ambiente de Biarritz, Zarauz o San Sebastián bajo una luz muy diferente, en composiciones protagonizadas por figuras femeninas elegantemente ataviadas e inmersas en espacios ideados para las relaciones sociales. Son en este contexto especialmente abundantes sus «notas de color» —como él mismo las llamaba—, pinturas de pequeño formato en las que plasma de la manera más directa sus impresiones del natural. El conjunto de obras aquí reunido muestra, pues, cómo la temática del verano permite seguir la evolución de la pintura de Sorolla y apreciar la modernidad que alcanza su lenguaje plástico. Como cierre de ese itinerario, encontramos al pintor en la última etapa de su carrera, cuando, en los paréntesis del gran esfuerzo que le supone el encargo de la *Visión de España* para la Hispanic Society of America, halla el descanso precisamente en la elaboración de escenas de trabajo y ocio en el mar, deleitándose de nuevo en su tema predilecto.

Pescadoras valencianas

1903

Óleo sobre lienzo

Diputació de València

INV. 2412

Tras el importante éxito que obtiene Sorolla en 1895 en el Salón de París con *La vuelta de la pesca* —obra de la que podemos contemplar un estudio al inicio de la exposición—, la temática del trabajo en el mar comienza a predominar en su obra. Se trata de composiciones inscritas en el interés de la pintura naturalista del último tercio del siglo XIX por representar con veracidad escenas de vida cotidiana, en las que la captación de la luz y los efectos atmosféricos juegan un papel esencial.

En sus obras valencianas, Sorolla manifiesta una visión idealizada de la cultura clásica del Mediterráneo, asunto recuperado por toda una generación de artistas modernos. La sensación de equilibrio y solemnidad de las figuras, aspectos propios de la Antigüedad clásica, se conjugan con la vitalidad energética que proporcionan la luz y el paisaje mediterráneos. En este óleo, el pintor traduce dichas características en la dignidad del trabajo realizado por un grupo de mujeres valencianas que se disponen a distribuir la pesca que acaba de llegar para su venta en el mercado. En segundo plano, varias barcas esperan a ser arrastradas por los bueyes hacia la orilla tras la jornada.

Sorolla realiza esta pintura durante el verano de 1903, en el que trabaja intensamente en la creación de obras para su exposición del año siguiente en Berlín. En relación a ella, *Pescadora valenciana con cestos* o *Sacando la barca*, elaboradas durante el verano de 1916, ilustran un momento completamente diferente, cuando el pintor, instalado en su Valencia natal, se abandona a estos asuntos como metáfora de su propio descanso y desahogo.

Boceto para *¡Triste herencia!*

1899

Óleo sobre lienzo

Colección particular

¡Triste herencia! es una de las obras más importantes en la carrera de Sorolla; con ella obtiene el Grand Prix en la Exposición Universal de París de 1900 y se consagra internacionalmente como pintor de éxito. El presente estudio, realizado en el verano de 1899 en Valencia, muestra la escena del baño de mar de un grupo de niños enfermos del hospicio de San Juan de Dios —que, en la composición final, aparecerán al cuidado de un religioso de la congregación—. La obra plantea un tema fundamental: la consideración de las propiedades terapéuticas del mar, concepto que se desarrolla en el siglo XIX en el contexto de las teorías higienistas. Con la revolución industrial, las ciudades se habían convertido en lugares insalubres y la medicina recomienda el desplazamiento hacia zonas del litoral, en busca de los efectos curativos del aire puro y del baño de mar. La ubicación de este hospicio para niños enfermos está en función precisamente de los beneficios sanadores de la costa.

Por otra parte, los niños al fondo de la escena disfrutaban del baño marino; en ellos podemos situar el origen de las escenas de esparcimiento y ocio ligadas a la playa que tan populares se harían en la producción del valenciano y que nos hablan del inicio de la moda del veraneo en la segunda mitad del siglo XIX. Los lugares costeros comienzan entonces a evolucionar hacia núcleos que atraen a una creciente población que abandona las ciudades en verano en busca no solo del aire purificador de la costa o de los beneficios de los baños de mar, sino también de un entorno en el que descansar y sociabilizar.

Nadadora, Jávea

1905

Óleo sobre lienzo

Museo Sorolla, Madrid

INV. 718

En 1905, Sorolla pasa el verano en Jávea en busca de motivos para las obras que ha de llevar a su gran exposición individual en la Galerie Georges Petit de París al año siguiente. Las escenas de esta campaña estival están protagonizadas por los brillantes rayos de sol reflejados en las aguas del Mediterráneo y el escarpado paisaje de rocas, que sirven de escenario bien al juego de unas niñas en las orillas de las calas, bien a la representación de nadadores cuyos cuerpos se desvanecen bajo el agua.

Este último es el tema del presente lienzo, donde Sorolla pinta una figura femenina, que se ha identificado con su esposa Clotilde, vestida con una larga túnica blanca y nadando entre unas aguas coloreadas de amarillo intenso por el sol del atardecer. El pintor capta un momento de ocio típicamente moderno que corresponde al nacimiento de este deporte acuático, y para ello utiliza un lenguaje que ha sido asociado tanto al simbolismo como al fauvismo o a la pintura prerrafaelita. La pincelada totalmente libre y vigorosa, de un tono vibrante, hace que el dibujo desaparezca a favor del protagonismo de las manchas de color, que diluyen los contornos de la figura en uno de los más expresivos ejemplos de fusión entre el hombre y la naturaleza.

Ahí reside precisamente uno de los aspectos fundamentales que, en la obra de Sorolla, diferencian las representaciones del verano mediterráneo de las escenas estivales cantábricas: las figuras se abandonan al disfrute del roce con la arena, al juego con las olas o a la placidez de la brisa marina y del baño de sol, en composiciones que exploran la conexión con la naturaleza como condición que está perdiendo la sociedad moderna.

María en la playa de Zarauz

1910

Óleo sobre lienzo

Colección particular

A lo largo de su vida, Sorolla alterna en los periodos estivales sus estancias mediterráneas con las que realiza en las elegantes playas del Cantábrico, ya sea en Biarritz, Zarauz o San Sebastián. El pintor empieza a frecuentar estas localidades, que congregaban a un público perteneciente a las clases altas, cuando la consolidación de su trayectoria artística impulsa su estatus social. El paisaje costero septentrional le proporciona, además, la posibilidad de captar una luz diferente, más inestable y suave que la del Mediterráneo. Su mujer y sus hijas, ataviadas con sombreros y elegantes vestidos blancos, suelen ser las protagonistas de estos lienzos, donde aparecen representadas disfrutando los placeres que les ofrece el ocio veraniego, como el paseo o el descanso en la playa bajo la protección de los toldos.

Al igual que sus escenas de playa en el Mediterráneo, estas composiciones tuvieron un importante éxito en las exposiciones internacionales en las que participa Sorolla. Durante la primera parte del verano de 1910, el pintor acude con su familia a Zarauz, convertido en un importante centro de reunión de la aristocracia desde que la reina Isabel II lo eligiera para su descanso estival en la década de 1860. En esta estancia guipuzcoana, la intención del artista era también preparar sus exposiciones individuales de Chicago y San Luis del año siguiente.

Sorolla capta en esta obra a su hija María con la playa de Zarauz al fondo en lo que se conoce como «paseo elegante», asunto que ilustra cómo la orilla del mar se transforma en un lugar de sociabilidad transitado por los paseantes para ver y dejarse ver. A través de pinturas como esta somos testigos también de cómo las costas del norte, que empezaron a popularizarse por las recomendaciones terapéuticas de las aguas frías, pronto evolucionan hacia centros de entretenimiento y encuentro social, en los que el baño deja de ser el eje de la actividad veraniega.